

Viteri y los desastres de las guerras

Marco Antonio Rodríguez

* Miembro de la Academia de la Lengua y escritor.

Marco Antonio Rodríguez

Oswaldo Viteri y su arte

La entereza con que Oswaldo Viteri ha asumido los riesgos de su creación artística, su resolución de llegar hasta el filo del abismo de sus ciclos y salir airoso de esa sucesión de peripecias, sin recelo del vacío, de la caída, de su fin, seguro de su arte, resistiendo vacilaciones, apenas tiene par en nuestro país en el siglo XX y en lo que va del XXI. Ejemplo de bizarría artística y moral. A la par, su obra significa el testimonio de una antigua evidencia: lo genuino subyuga todas las influencias, las transfigura y se sirve de ellas para manifestarse cada vez más y mejor. Nada, excepto la molición, la reiteración o el fácil regocijo en lo ya seducido, daña ese fondo ancestral que lleva en sí todo artista genuino que encarna historia viva (presente y futuro). Y este es el caso de Viteri.

Oswaldo Viteri (Ambato, Ecuador, 1931), durante su dilatada existencia ha creado como cuando empezó, con idéntico denuedo, amor, arrebató, pasión. Jamás

ha abdicado de su integridad (libertad que no admite subordinaciones de ningún orden, de ningún poder, salvo el suyo: el de sus valores intelectuales y humanos). La aventura visual de Viteri no termina y no deja de asombrarnos con series cada vez más sabias y deslumbrantes. Su obra (que abarca todos los géneros plásticos) posee tal densidad, consistencia y originalidad que es imposible no aprehenderla como una de las más trascendentales e irremplazables de las artes visuales ecuatorianas.

Su obra (que abarca todos los géneros plásticos) posee tal densidad, consistencia y originalidad que es imposible no aprehenderla como una de las más trascendentales e irremplazables de las artes visuales ecuatorianas.

Nacida bajo el santo y seña del rigor y la averiguación inacabable, la obra de Viteri se halló siempre en un territorio de libertad

creadora que le permitió el secreto del vuelo, sin perder nunca el de la tierra, punto de gravedad de la inspiración más honda. La inspiración en Viteri, como en todos los grandes maestros de nuestra historia, es ese instante de luz que alude al momento crucial para que el ingenio coagule su larga y casi siempre doliente y jubilosa gestación premonitrice, la gloriosa iniciación del apogeo que persigue, el centro de ebullición colmado de *pathos*.

La furia alada de su serie «Los desastres de las guerras» no es sino una suerte de resultado del ascetismo que signó su obra de ayer. Esencialidad. Descenso a lo más recóndito de la oscuridad humana y ascensión luminosa a partir de su desentrañamiento. Asedio desaforado de la materia, de la forma y las sustancias de sus criaturas. Golpes de sangre cayendo, estupefactos y estremecidos, sobre las formas, en cuanto al significado. Todo el dolor humano esparcido en una treintena de imágenes –pánico y belleza– pereciendo por el paraíso extraviado de la vida, aunque algo –ecos de una música que insinúa una perpetua despedida– se desprende de su conjunto. La vida, en el fondo, ¿es una sola vasta despedida y, como tal, un dolor intermitente? ¿Por eso Nietzsche sentenció que toda música es trágica?

La guerra: «un duelo humano en su más superlativa escala»

Carl von Clausewitz, filósofo e historiador, teórico de la guerra, tuvo apasionados prosélitos en los dos extremos: Mac Arthur y Mao Tse-Tung, por nombrar solo dos. Este pensador sostuvo que la guerra no es un conflicto o un combate de dos

elementos cualesquiera de la naturaleza, sino que es, ante todo, un hecho humano que incluye el concepto global de todas nuestras encrucijadas, en el cual las rupturas violentas llegan a extremarse hasta su paroxismo, pero su naturaleza es la de nuestra especie y de ninguna otra. *Un duelo humano en su más superlativa escala*, sentenció. Así es. Querámoslo o no.

La guerra es el mejor negocio del mundo, pero más, la expresión rotunda de la perversión que encarnan ciertos líderes de todos los tiempos, devenida de su insaciable hambre de poder.

De aquí el superlativo valor de la propuesta artística de Viteri: asumir su lectura de las «guerras» en su cruel sustancia. Formas (o superformas) que al tiempo que nos caen de bruces con toda su saña, conmoviéndonos hasta el espasmo, abren un portillo de luz desde su oscuridad total. No, no somos eso, parecen gritarnos sus figuras proteiformes. Viteri no imagina «las guerras», las recrea desde su arte demoledor, revelando sus *desastres*. El patetismo de su serie «Los desastres de las guerras» nace de la forma en cómo está erigida, de su temible eficacia estructural. El dolor, la atrocidad, la agonía, la muerte, que emergen de este fresco monumental y definitivo –épico trágico–, acuden de adentro, de su matriz, de su fibra más íntima, y la forma pugna por representarlos, por revelar al menos esta invencible angustia. *Todo hombre que vive estéticamente*, dice Kierkegaard, *es un desesperado*. Lo que determinará la intemporalidad de la obra de Viteri es esa zozobra –violencia y ventura– por asir lo inasible, oír lo inaudible, cautivar el vacío.

La humanidad, después de la segunda conflagración mundial, se reconoció en

En esta turbadora, despiadada argamasa, Viteri hurgó una y otra vez e impregnado de su dramática levadura se perpetuó en perenne forcejeo por alcanzar lo inalcanzable, demoliendo y construyendo, arrasando y levantando, asolando y vivificando, y este ritmo proverbial, pero escabroso, es la piedra angular de su creación.

sus espejos despedazados, mofa sangrienta y pueril, revoltijo asumido a plenitud de conciencia. Pero la humanidad siguió su camino de barbarie. Hiroshima fijó unos supuestos límites del horror humano. No fue así. No hubo indicios de una expiación colectiva. La inmolación fue erigida por el hombre (¿el ser humano nace para su destrucción...?). En esta turbadora, despiadada argamasa, Viteri hurgó una y otra vez e impregnado de su dramática levadura se perpetuó en perenne forcejeo por alcanzar lo inalcanzable, demoliendo y construyendo, arrasando y levantando, asolando y vivificando, y este ritmo proverbial, pero escabroso, es la piedra angular de su creación.

Viteri y sus ciclos

En su primera fase Viteri alcanza las cotas más empinadas del dibujo. Su «ciclo español» –por llamarlo de algún modo– es uno de los más significativos del dibujo de su tiempo. Pavor y error de vivir. Rupturas de las ultimidades del ser y estar. Negro y blanco: amor y odio, guerra y paz, violencia y ternura, fuego y cenizas, vida y muerte. Negro y blanco, ese brillo furtivo casi

físico que son simiente de las abstracciones mentales que son los colores. Y siempre la suicida aventura de hallar sus postreras raíces para verlas luego en su misterio.

Creo oportuno en este punto adelantar una verdad: hay mucho que no se ha registrado sobre él; procuraré dejar constancia, al menos, de dos. En 1968 Viteri presenta por primera vez en Ecuador un *happening*, esa expresión artística que en nuestra hora no deja duda de que fue invención de John Cage en 1952. Un público asincrónico y pacato –incluidos intelectuales, críticos de arte y periodistas– empieza a tildarlo de todo y se dice que Viteri padece alguna enfermedad psíquica. Es el costo de su genio. Lo cierto es que nadie, excepto Jacqueline Barnitz, celebró ese acontecimiento y lo enalteció.

En 2009, cuando asistió al bautizo de la sala principal de exposiciones del Museo de Arte Colonial con su nombre, el artista apareció con una majestuosa capa española cerrada desde el cuello con entorchados dorados. Los susurros no se dejaron esperar. ¿Qué le pasó al maestro...? Antes de pronunciar su alocución, se despojó de la capa y se descalzó. *Esto somos, empezó a decirnos. Nuestras raíces se afincan en estas de nuestra tierra, pero también están en España y África...* Reto y provocación. Himno vivo sobre nuestro mestizaje. El artista pintor descalzo y luciendo una capa española.

La mejor manera de definir el arte para Viteri es no definirlo, ya que, según él, el proceso creador es la confrontación de la realidad interior del artista con su entorno. Todo aquello que gira a su alrededor repercute en sus interioridades. Pero su propuesta sobre el mestizaje es, sin duda, una de las más significativas de nuestra América al mundo.

El siglo que dejamos será registrado como el tiempo de la iracundia, la turbulencia y el «desprecio». Por eso, se trastornaron todos los «sistemas» para probar que la verdad está en el cambio, en la paradoja, en las preguntas sin respuestas, en las situaciones abiertas; pero toda creación eminente destroza cualquier paradigma en el que se pretenda enclaustrarla. De la magna obra de Viteri puede inferirse que salió indemne de esta arena movediza que fueron las corrientes estéticas del siglo XX, y sus propuestas no pueden inscribirse en ninguna, porque son todas y única.

Zozobra, rebelión, vaciedad y muerte: los signos del siglo XX, apenas cruzados por leves y breves destellos de esperanza (¿los movimientos de liberación...?). Las artes visuales en nuestra hora son más discursos verbales que ese desafío –desigual, osado, adverso– del artista creador afrontando la blancura del lienzo o el papel. El arte pictórico –si alguien lo quiere, «convencional»– morirá con el ser humano, sin que esto suponga desacreditar las vanguardias posmodernas (¿vertientes del arte efímero casi todas...?). Por cierto, confieso mi preferencia por los textos escritos de Marcel Duchamp que su «Desnudo bajando por una escalera» o sus *readymades*.

Viteri se agazapó detrás de su tumultuoso talento y acudió a una sucesión de propuestas artísticas, de las más lúcidas, bellas y aciagas (sus «Cabezas» o sus «Desastres de las guerras» para nombrar solo dos) del arte mundial. Añádanse sus interminables series de dibujos, paisajes, desnudos, retratos y, quizás sobre todos estos empeños, sus memorables ensambles –calas hondas sobre nuestro mestizaje–: pocos artistas en nuestra América han develado con tanta sabiduría

sus enigmas como lo ha hecho Viteri. Por eso, su obra está junto a la de William de Kooning, Dubuffet, Francis Bacon, Cuevas. De aquí también que su trabajo se haya impuesto por sí solo en el mundo. Antidogmático, múltiple y solo, soberbio, obstinado y digno, recibió reconocimientos e invitaciones de todo el mundo.

Sus abstractos y sus óleos también pueden apreciarse como formas. Aunque considerarlos solo piel es en extremo restrictivo, Viteri exhibe resoluciones formales que lo equiparan a los más sobresalientes maestros de nuestro tiempo. Los aspectos externos de su obra, lejos de disminuir su fuerza dramática, la sostienen con originalidad. Es la portentosa manera de establecer la vivencia del lápiz, la tinta, el color, los insólitos materiales de sus ensamblajes y su inextinguible capacidad para sugerir. (Véanse su serie «Quijotes», 2005, o sus «Tauromaquias», en incesante renacimiento).

Es la portentosa manera de establecer la vivencia del lápiz, la tinta, el color, los insólitos materiales de sus ensamblajes y su inextinguible capacidad para sugerir.

«No es un artista más, es un genio»

Hace varios años María Kodama, la compañera de Borges, visitó Quito. Por esas cosas extrañas de la vida la atendí yo, que no poseo un ápice de virtudes de buen anfitrión. Kodama había tenido

referencias de Viteri en Europa. María, mujer de talento y fina sensibilidad, quedó subyugada por el arte de Viteri, parte del cual puede admirarse en su casa museo. Al salir, me confesó: *Viteri no es un artista más, es un genio*. Le impactaron sus autorretratos, sus dibujos, sus ensambles, su recreación de «La piedad» de Miguel Ángel (un óleo de gran formato en el cual se yerguen la Madre y el Hijo con la fuerza telúrica de América de la cual se apoderó desde siempre Viteri), sus «Cabezas», testimonio bienaventurado y blasfemo de una época (el siglo XX). Viteri congregó en ellas los flagelos que padeció la humanidad en la centuria que dejamos atrás. ¿Cuánto desgarramiento le produjeron estas «Cabezas», qué resplandores y tinieblas lo atravesaron, cómo fue capaz de fisgonear en los inescrutables meandros de los seres humanos en su ir histórico durante el tiempo que le correspondió vivir?

La ciencia y la técnica dejaron a un lado a la humanidad, esta transita bajo sus égidas, pero ajena a las dos. Apenas nimios fragmentos de ella saben que una tercera guerra mundial rebasa el miedo del exterminio termonuclear; nos hemos especializado en la ferocidad y el dolor de los «otros», que no son más que «los mismos». El tiempo de la segunda posguerra, el del ascenso de la revolución mundial y de las estrategias del desarrollismo nacional, el de la crisis de 1973 o de la conmoción del capitalismo (sus crisis que en nuestra hora han vuelto a crepitar), el lacerante final de las estampidas de liberación, el derrumbe del marxismo como sistema actuante de ideas y postulaciones, las guerras de Iraq, Bin Laden y Estados Unidos, la revuelta de los jóvenes en los países de Medio Oriente, Ucrania y Putin... ¿no son, quizás, el mismo demencial réquiem que han interpretado

los seres humanos a través de la historia, solo que con «distintos iguales»?

Esta es la raíz primigenia de «Los desastres de las guerras». Estertor y estupor. Reconocimiento de un destino signado por el poder en sus más siniestros rostros y su apoteosis en el poder como generador de la egolatría humana (caricatura, descomposición, *liquidación de la universalidad en el saber, en la justicia, en la paz...* que mantuviera Lyotard). Una realidad, la de Viteri, que nunca es la realidad en bruto o inmediata, sino algo tamizado por la finura de su talento creador y su fina sensibilidad.

«Los desastres de las guerras»: crónica despiadada de la historia humana

Goya, el genio humilde que no solo expresó con el pincel su inagotable universo interior, sino la imagen intuitiva y verídica de toda una época, ¿pensó en la suerte

«Los desastres de las guerras» es eso: una interminable deliberación consigo mismo y con la crónica despiadada y tormentosa que es la historia humana. Esta enorme criatura aciaga, lamentable, patética, irrisoria que somos los seres humanos (humanidad) se despliega en treinta óleos de gran formato y se muestra en su final desamparo, orfandad, hambre, cautividad, exterminio, las «guerras», eje cardinal de su camino por la historia.

de su país, oprimido por las guerras y la insensatez humana?, ¿o creó una imagen como si fuera un poema inmortal? No importa. Viteri, lector obsesivo, medita profundamente antes de iniciar un nuevo ciclo –es hora de dejar testimonio histórico de este ejercicio suyo–, para luego desatar los cielos y los infiernos que lleva dentro recreándolos en su arte. «Los desastres de las guerras» es eso: una interminable deliberación consigo mismo y con la crónica despiadada y tormentosa que es la historia humana. Esta enorme criatura aciaga, lamentable, patética, irrisoria que somos los seres humanos (humanidad) se despliega en treinta óleos de gran formato y se muestra en su final desamparo, orfandad, hambre, cautividad, exterminio, las «guerras», eje cardinal de su camino por la historia.

Para concretarse, realizarse, plasmarse, «oírse», la música exige una construcción –dijo Stravinski–. Cuando esta se funde y se alcanza el orden entre el ser humano y el tiempo, se genera en los públicos una emotividad nueva que excluye la vivencia cotidiana. Ese punto tan arduo, esa estrella de mil puntas, ese aire que penetra, asfixia y purifica, son los que relumbran en «Los desastres de las guerras», construcción plástica que debería mostrarse al mundo, para que en él nos veamos en nuestras irrisorias miserias. La lección del amor padeciente en las figuras de cristos desgarradores y vírgenes dolorosas, desnudadas por el genio del pintor

ecuatoriano universal, los grupos humanos masacrados por el flagelo de las guerras, cautiverio y huida, sangre y despojos, olvido –que es, quizás, más perverso que la guerra, porque las encubre y alienta–, en suma, nuestra macabra aventura existencial de tiempos inmemoriales, integran, del modo más lacerante, esta serie.

No se trata, entonces, únicamente de pinturas, de óleos, pinceles, espátulas y lienzos, sino de un hacer más intenso y hondo que a la vez caricatura y sobrepasa las telas, comprende y parodia, reverencia e impugna la historia del arte. Creación, liberación, invectiva y consumación de la humanidad, y a la vez, su eviterna resurrección desde el bien y el mal que en ella –solo en ella– se encarnan y cobran vida y muerte, en un siniestro círculo sin fin.

No se trata, entonces, únicamente de pinturas, de óleos, pinceles, espátulas y lienzos, sino de un hacer más intenso y hondo que a la vez caricatura y sobrepasa las telas, comprende y parodia, reverencia e impugna la historia del arte. Creación, liberación, invectiva y consumación de la humanidad, y a la vez, su eviterna resurrección desde el bien y el mal que en ella –solo en ella– se encarnan y cobran vida y muerte, en un siniestro círculo sin fin.



LOS DESASTRES DE LAS GUERRAS
Maestro Oswaldo Viteri